



RECIO MORALES, Óscar. *Alejandro O'Reilly, Inspector general. Poder militar, familia y territorio en el reinado de Carlos III.* Madrid: Sílex Universidad-Historia, 2020. 514 págs. [14 x 21,5].

La trayectoria político-militar y administrativa de los extranjeros al servicio de la rama española de la Casa de Borbón ha sido, en los últimos años, una línea de investigación muy productiva para la historiografía de nuestro país. Buen ejemplo de ello, han sido los trabajos relativos al destacado papel desempeñado por las influyentes comunidades nacionales de flamencos, italianos, irlandeses y suizos, asentados en los dominios de la monarquía hispana y estudiadas, sobre todo, por: Francisco Andújar Castillo, Thomas Glesener, Davide Maffi, María del Carmen Irlés Vicente y Javier Bragado Echevarría. El profesor de la Universidad Autónoma de Madrid Óscar Recio Morales, ha contribuido en esclarecer la huella dejada en España por la no menos influyente comunidad de los hijos de San Patricio, es decir, por los irlandeses; en palabras del autor: “una nación inclinada al ruido de las armas”. La presencia de los irlandeses en España ha sido muy bien documentada en numerosos trabajos publicados por el autor y que abarcan el siglo XVI, bajo la protección de la Casa de Austria. Su condición de católicos exilados de Irlanda -debido a la persecución inglesa-, y su adscripción -como mercenarios- a los ejércitos españoles que combatían por toda Europa, les granjeó fama de soldados valerosos y diestros en el manejo de las armas. Esta reputación todavía les precedía cuando el rey Felipe V siguió atrayendo a sus ejércitos estos soldados, muchos de cuyos linajes arraigaron en la península ibérica. Este fue el caso del polémico militar irlandés, Alejandro O'Reilly.

Nuestro autor profundiza en la realidad y en el mito de un personaje que dejó huella en el mundo hispánico peninsular y colonial del siglo XVIII. O'Reilly fue actor político y militar privilegiado en la España del reformismo ilustrado. Sus 60 años de servicios prestados a la Corona lo convirtieron en un longevo y leal criado de los cinco reyes de la dinastía borbónica de la centuria. Sin embargo, sorprende lo poco que sabemos acerca de uno de los hombres más influyentes del reinado de Carlos III. Su nombre no es desconocido en la historiografía española, pero su personalidad ha sido distorsionada por sus enemigos, que lo tacharon de extranjero, mercenario, gobernador cruel y, sobre todo, el militar responsable del sangriento desastre de Argel en 1775. Las calumniosas sátiras contra su persona, delatan cierta xenofobia a la presencia de los extranjeros en una monarquía de servidores plurinacionales como fue la España del siglo XVIII. Precisamente, una de las virtudes del libro de Óscar Recio Morales es apuntalar el importante papel desempeñado por estos sujetos, muchos de los cuales se integraron, para siempre, en el país que los acogió, aunque no siempre se los aceptó como a iguales. Ya hemos dicho que este fue el caso de nuestro irlandés. No obstante, para acercarse, no solo al hombre, sino también a su obra, el auto reconstruye los lazos afectivos de O'Reilly cuando llegó a su nuevo país de adopción. Igualmente, su ideario militar, muy disperso en los numerosos memoriales y cartas escritos por él cuando asumió el mando de la Inspección General de Infantería española, extranjera y americana (1766-1786) y fundó la Real Escuela Militar de Ávila (1774) y la de El Puerto de Santa María (1783), sirven de base metodológica

para analizar su acción política durante su presencia en: Cuba (1763-1765), Puerto Rico (1765), Luisiana (1769-1770) y en la Capitanía General de Andalucía (1775-1786). Los fondos conservados en el Archivo General de Simancas, el Archivo Histórico Nacional de Madrid, el Archivo General de Indias de Sevilla y el Archivo General Militar de Segovia, custodian información vital sobre nuestro protagonista. Estas fuentes primarias, representan la columna vertebral de este riguroso trabajo -de poco más de 500 páginas y 6 apartados- que se complementan con la consulta de una bibliografía selecta de publicaciones impresas y de estudios generales actuales.

En esta línea de trabajo, diremos que el libro recuerda, con imprecisión, que Alejandro O'Reilly era un niño -al igual que sus hermanos Domingo y Nicolás-, cuando llegó a España alrededor de 1735 o 1736. Las únicas opciones naturales para un irlandés en España era servir al rey en el Ejército, siendo las unidades militares reservadas para los naturales de esta nación los regimientos de Ultonia, Irlanda e Hibernia. En esta última unidad fueron encuadrados los tres hermanos con el grado de cadete. Las guerras italianas de la primera mitad del siglo XVIII fueron una gran oportunidad de promoción personal para O'Reilly. Las heridas contraídas en la batalla de Camposanto en 1743 atrajeron la atención de su persona en la Corte, así como nuevos ascensos en el escalafón militar. Enseguida llamó la atención del que será uno de sus protectores: me refiero al ministro de origen irlandés Ricardo Wall (1694-1777), entonces secretario de Estado y de Guerra, bajo los reinados de Fernando VI y de Carlos III. La figura de este personaje ha sido bien estudiada por Diego Téllez Alarcia (IHE, Octubre, 2013). Lo cierto es que O'Reilly entró en la órbita de una de las facciones cortesanas más poderosas que pugnaban por gobernar en la corte de los Borbones españoles. En este espacio palatino privilegiado coexistían, en gran tensión, el partido español o castizo del duque de Alba (más tarde, el aragonés liderado por el conde de Aranda), el de los vascos-navarros o guipuzcoanos (muy arraigado en el seno de la administración central) y el de los manteístas o golillas dirigido en la época de Carlos III por el conde de Floridablanca y por Campomanes. No podemos omitir, las facciones de nacionales italianos y flamencos, muy presentes en el ámbito ministerial y en las Reales Guardias. La nación irlandesa era muy reducida en la corte para poder tener su propia facción, por lo que se afiliaba a una u otra en función de sus propios intereses. Recio Morales nos ha demostrado en su trabajo como O'Reilly entró en estos círculos de poder para ascender dentro de la corte y granjearse la estima del monarca y de sus ministros. Por su condición de extranjero, el partido español le fue hostil, aunque intentó un tímido acercamiento a Aranda y a los aragoneses Roda y Ricla. Con los ministros extranjeros del rey -Wall, Esquilache y Grimaldi- nuestro irlandés tuvo una mejor sintonía, al igual que con el partido vasco al que estuvo vinculado, gracias a su matrimonio con el poderoso linaje de la donostiarra, María Rosa de Las Casas y Aragorri.

En este marco de influencias crecerá la estrella ascendente del prometedor O'Reilly, que encontró la oportunidad de servir al rey, como observador militar, en los Estados Mayores de los ejércitos austríacos y franceses que lucharon contra los prusianos durante la guerra de los Siete Años (1756-1763). El impacto que tuvo sobre O'Reilly esta experiencia condicionó el ideario militar del irlandés. O'Reilly quedó muy impresionado por la disciplina y la capacidad



de maniobra del ejército prusiano de Federico II el Grande. Por ello la educación y la pedagogía se acabarán convirtiendo en la clave de la formación de la futura oficialidad del ejército hispano para así equipararse al de sus homólogos europeos. Sin embargo, este pensamiento le acarreará la hostilidad de facciones cortesanas, del ministerio de la Guerra y de la oficialidad enquistada en los años de servicio, pero incapaz de asimilar nuevas doctrinas. La necesidad de crear nuevos centros educativos de formación para los oficiales jóvenes, pero también más capacitados del ejército, fue una constante en la vida de nuestro irlandés. Era la oportunidad de modernizar el ejército del rey y para ello contó con el apoyo de Carlos III. La derrota militar frente a Inglaterra conmocionó los pilares de la monarquía española, pero facilitó el camino para emprender una amplia reforma militar y administrativa, primero en el mundo colonial hispano. O'Reilly fue uno de los militares encargados de recomponer las defensas americanas puestas a prueba durante la última guerra.

En efecto, cuando en febrero de 1763 se firmó la paz de París que puso fin a la guerra de los Siete Años, España cedía la Florida a Gran Bretaña y recuperaba de esta las plazas de La Habana y Manila. Inmediatamente, Carlos III envió a Cuba al conde de Ricla como capitán general y a O'Reilly como subalterno suyo. La Habana era un punto neurálgico del sistema colonial español y este no podía quedar indefenso. Por este motivo, entre 1763 y 1765, O'Reilly llevó a cabo una eficaz reforma militar que para Recio Morales fue duradera en el tiempo. Nuestro irlandés consiguió los servicios de los ingenieros militares capaces de modernizar las fortificaciones de La Habana, según los parámetros europeos y hacerla inmune a nuevos ataques exteriores. Pero los esfuerzos de O'Reilly también se centraron en los efectivos humanos. El regimiento Fijo de la Habana fue reformado, pero fueron las milicias las que recibieron una amplia atención de nuestro hombre, al conseguir vincular a la oligarquía cubana al servicio de la monarquía. Su objetivo era fidelizar una clase terrateniente rica e influyente con cargos militares y nuevos honores. Una breve estancia en Puerto Rico permitió apreciar las dificultades de llevar las reformas en aquella isla caribeña. Sin embargo, más controvertida fue su actuación como gobernador y capitán general de la Luisiana (1769-1770). Este territorio cedido por Francia, tras la paz de París, fue objeto de una sangrienta represión contra los criollos franceses que se alzaron contra la autoridad real. No obstante, la historiografía revisionista se inclina por ensalzar la efectividad de la obra reformista de O'Reilly, más que su respuesta expeditiva contra unos súbditos rebeldes y que a la postre supuso la beneficiosa integración de este amplio espacio norteamericano dentro del rico mundo colonial hispano.

Con todo, no cabe duda de que Carlos III estaba muy satisfecho con el trabajo de O'Reilly. Esta gratitud se tradujo en confianza con la designación, en 1766, del nuevo cargo de inspector general de la infantería española y extranjera. Este cargo lo mantuvo en colaboración con otro militar y luego -desde 1770 hasta su dimisión en 1786- en solitario. También se le adjuntó la inspección de las tropas veteranas y de milicias de América. La inspección le dio a O'Reilly poder, pero, sobre todo, honores, como el título de conde de O'Reilly en 1771. Sin duda, la autonomía que adquirió con este nuevo cargo y el afecto personal del rey le permitieron controlar los ascensos de los regimientos españoles y americanos y seleccionar a la nueva oficialidad para su proyecto formativo que culminó con



la fundación de la Real Escuela Militar de Ávila en 1774, cuyas aulas estuvieron abiertas a los oficiales y los docentes más capacitados del Ejército. El ideario militar de O'Reilly era una nueva pedagogía teórica que ponía en contacto a la oficialidad del Ejército con el mundo científico según los principios de la Ilustración. De aquí surgiría una nueva élite militar al servicio del Estado Absoluto. Pero este ideario restaba poder a las fuerzas tradicionales del Ejército - como los coroneles de los regimientos -, premiaba en ascensos, capacidades personales y no los años de servicio, y le daba a nuestro irlandés autonomía frente a la secretaría del Despacho de Guerra, muy celosa en todo lo referente al control de la milicia. Pero mientras O'Reilly contaba con el apoyo de Carlos III, poco podían hacer sus adversarios. La estrella del irlandés declinó como consecuencia de la trágica dirección de la expedición de Argel en 1775. Sus enemigos en el Ejército, en la secretaría de Guerra y en la facción del conde de Aranda, le hicieron responsable de la sangrienta derrota que se cobró la vida de cientos de soldados. Según Óscar Recio Morales las sátiras de la época se cebaron en el militar irlandés. Muy duros y mordaces fueron los ataques contra su persona, no exentas de xenofobia contra lo que, para muchos, él representaba: un extranjero. No obstante, Carlos III no consintió en castigarlo, pero lo apartó de la corte madrileña con el prestigioso nombramiento de capitán general de Andalucía (1775-1786), cuya sede primero estuvo ubicada en El Puerto de Santa María y luego en Cádiz. Para Alejandro O'Reilly esta etapa debió de ser vista como un exilio dorado, pero el rey no perdió su afecto por él. Sin embargo, su influencia y poder en la reforma del Ejército se vieron inevitablemente resentidas y limitadas por la secretaría de Guerra. O'Reilly mantuvo un perfil secundario y el conde de Floridablanca y sus hechuras trataron de neutralizar cualquier iniciativa suya en la milicia. La etapa andaluza fue larga, pero Andalucía era la puerta española de América y O'Reilly tenía todavía influyentes amigos en los virreinos coloniales. Luces y sombras acompañaron a nuestro irlandés por tierras andaluzas. Abrió, a menor escala, la nueva Real Escuela Militar de El Puerto de Santa María (1783), pero su labor fue menos ambiciosa y tuvo corta duración. Patrocinó, con la ayuda y la colaboración de los ayuntamientos de El Puerto de Santa María y de Cádiz, numerosas obras públicas muy alabadas por sus contemporáneos, como hospicios, limpieza y pavimentación de calles y puentes. Pero uno de ellos, el llamado puente de San Alejandro, en El Puerto de Santa María (llamado así en honor suyo), se hundió en 1779 causando numerosas víctimas mortales.

Las páginas finales del libro, el autor las dedica a repasar los últimos años de vida del militar irlandés. O'Reilly fue dimitiendo de todas sus responsabilidades político-militares y, en 1786, regresó a Madrid. Son los años finales de la vida de Carlos III. En Madrid unió esfuerzos con Aranda para precipitar la caída del conde de Floridablanca. Pero la influencia de O'Reilly ya no era la de antaño y el nuevo reinado de Carlos IV no le supusieron recuperar parcelas de poder perdidos. Las comisiones de inspección en el norte de España y Valencia sirvieron para alejarlo de Madrid y debilitar su precaria salud. Alejandro O'Reilly murió repentinamente en 1794, en tierras albaceteñas, mientras se dirigía a los Pirineos para asumir su nuevo mando del ejército español que luchaba contra las tropas de la Convención francesa. Cuando falleció O'Reilly tenía 71 años de edad. El título de II conde de O'Reilly fue transmitido a su primogénito Pedro Pablo O'Reilly, casado con la hija de una rica familia cubana. Sus descendientes personificaron, como nadie, la integración de la oligarquía criolla

ÍNDICE HISTÓRICO ESPAÑOL



ISSN: 0537-3522

CEHI- Universitat de Barcelona (maig 2021)

cubana con el servicio a la Corona, uniendo aquellos lazos de lealtad hacia el rey de España que el progenitor había intentado de fomentar cuando estuvo presente en la isla en 1763.

RAFAEL CERRO NARGÁNEZ
(Doctor en Historia Moderna,
Universitat de Barcelona)